Es más: la antropología misma, avanzando en su camino de las observaciones sobre el delincuente, al hacinar depurados los hechos y formular legítimas leyes, se ha de encontrar con que, no obstante el carácter igual de los organismos, la semejanza de los temperamentos y el paralelismo de los instintos, levanta la cabeza entre éstos algo de movido azogue, é incoercible espíritu, fenomenal é ilegislable, que, llámese como quiera por los positivistas, no es más que el libre albedrío del hombre.

Y lo propio aseguro de la sociología: estudiando día y noche al hombre, cómo nace y se desarrolla, se educa y

---

sayo sobre el libre albedrío, siguiéndole M. Ernesto Neville y M. Bouillier.

Muchos otros sabios defienden á capa y espada la libertad humana, pero es de consignar que los alienistas más célebres como Tardieu, Lassegne, Legrand du Saulle, Baillarger, Renandin, Morel, Foville, Falret, V. Parant, Dagonnet, Magnan, Brouardel, etc., etc., abundan en igual sentido y defensa.

forma en los distintos ambientes y medios que la sociedad le depara; ya la cuna y la choza de la miseria, la ruinosa casa de la embriaguez, el desamparado albergue del ocioso, criaderos todos del vicio; ó ya la cuna de marfil, la institutriz extranjera, y el colegio aristocrático del baño y la gimnasia, de la música y la congregación piadosa, el emporio luego de la ciencia, el ateneo de los polígrafos, y la tertulia de la gracia y la delicadeza, ambientes todos de la finura, de la educación y de la hidalguía, extrañará por lo inesperado y raro, se echará de ver patentemente, cómo después de sentar los principios sociales, inalterables y fijos, y deducir la ley de que la miseria es germen del crimen, la buena familia el seno de la honradez, saltan las excepciones caprichosas, irregularidades inconcebibles, todo un hombre de buen corazón engendrado en la penuria, toda una alma mal nacida, regalada y educada por una madre modelo. Y se contarán tantos, que para buscar la explicación del

fenómeno, se quemarán las cejas en vano los sociólogos, hasta que puestos en razón, confiesen que sobre todos los medios y ambientes, y todas las leyes físico-morales, hay algo en el hombre, original, antojadizo, que se sale de los moldes de la crianza, y eso, eso... es el libre albedrío.

El hombre tiene su inteligencia propia, manantial de luz y de ideas, que se espacía por lo infinito, fecunda raíz de la libertad; ¿quién va á detener su vuelo para que no ame y apetezca lo que admira y le cautiva, señalado por su espíritu como apetecible y deleitoso, á pesar de todas las sugestiones de la niñera, y de la madre, y del maestro, y de los libros, y de los ambientes? Dejadme á mí volar, que me siento con alas, dirá el genio. Cuando me pongo á componer, decía el fecundo Lope, encierro bajo llave todas las retóricas. El medio y los ambientes de los sociólogos, son retóricas para el hombre de su voluntad.

La educación, con la cual espera la

más reciente sociología modificar las inclinaciones nativas del delincuente, ha de llevar por base el libre albedrío. Los consejos, las insinuaciones, los mandatos, son cosa excusada sin la flexibilidad de la voluntad humana, mediante el conocimiento reflexivo de las lecciones del maestro. Aconsejar al hombre, sin suponerle libre, decía Federico II, es tanto como pedir á la encina que se convierta en naranjo.

Como en los tiempos antiguos, igualmente en los modernos se presenta la dificultad de conciliar la libertad humana con la presciencia divina.

Dios ha de prever todos los sucesos venideros: conoce indudablemente nuestras futuras acciones. ¿Cómo, pues, hemos de obrar libremente? Cierto, Dios conoce de antemano nuestras determinaciones, pero prevé que han de ser voluntarias y libres. Tenemos aquí dos verdades perfectamente demostradas, que exigen nuestro asentimiento. La dificultad está solamente en el modo

de enlazarlas, pero es dificultad para nuestra inteligencia limitada, lo cual no nos autoriza para desechar ninguna de las verdades en sí conocidas. Cicerón tropezó en ese escollo; y por declarar á los hombres libres, los hizo sacrílegos, esto es, inaccesibles á la presciencia divina. Los positivistas ahora, nada amantes de los atributos de Dios, no sé por qué instinto se colocan al lado de la divina Sabiduría para atacar el libre albedrío del hombre.

Diversas teorías existen á fin de explicar la conciliación de ambos hechos, pero que no son del caso, porque en definitiva la razón humana no descubre claramente ese misterioso anillo. Como acaece con el enlace y abrazo íntimo que se dan nuestro cuerpo y espíritu para formar una substancia completa, que es el hombre. Harto vemos y tocamos á nuestro cuerpo; advertimos igualmente la presencia de nuestra alma, que piensa y ama; ¿cómo se tocan ellos y unen y compenetran para ser y obrar en el compuesto? Misterio de la

vida, impenetrable á los filósofos. La naturaleza está rodeada de estos arcanos, que respetan siempre los sabios discretos, recogiendo para su utilidad las luces y descubrimientos que se les presentan como irrecusables.

De otro campo surge asímismo novísima objeción: ¿Cómo se explican las energías de la libertad con la teoría de la conservación de la energía dinámica de la naturaleza, proclamada ahora en las ciencias? ¿Se alteran las energías físicas con los actos de nuestra voluntad?

Esta objeción, antes de escucharse y admitirse, debería ser muy dilucidada: ¿qué quiere expresarse con ella? ¿Que la libertad puede ser genial y caprichosa, y producir movimientos que perturben el orden natural? ¿Pero el Criador no lo ha armonizado todo á maravilla, para que las leyes físicas tengan su exacto cumplimiento, y el hombre las aplique voluntariamente á su conveniencia y provecho? ¿O quiere pretenderse que la voluntad *libre* es una ener-

gía que aumenta las fuerzas del universo, y las hace variar en cantidad á cada paso?

La objeción, así entendida, es viciosa por incluir y sumar energías de diversa índole, por confundir órdenes distintos, el físico y el moral, y tender á romper la armonía establecida por el autor del universo. Los verdaderos sabios consagrados á las ciencias abstractas ó naturales no se preocupan de estas cuestiones psicológicas, conforme ha escrito Freycinet. Geómetras tan eminentes como Saint-Venant, Cournot, Boussinesq, concilian la libertad humana con la conservación de la energía. Desde entonces el argumento del determinismo flaquea por la base (1).

(1) Los geómetras eminentes MM. de Saint-Venant, Cournot, Boussinesq. Ces savans out eu á caeur de concilier la conservation de l'energie dynamique avec la posibilité pour l'homme de faire acte d'initiative et de volonté, en d'outres termes, ils out voulu montrer que l'intervention de l'homme peut étre absolument libre

En Mayo del corriente año ha salido en la *Revue Thomiste*, de París, largo y meditado artículo, suscrito por De Munnynck, O. P., acerca de este punto, y encabezándole cabalmente por las frases indicadas de Freycinet. El autor resume la objeción de los deterministas en el siguiente raciocinio:

La energía total del universo no varía. Por tanto, no existe trabajo de fuerzas exteriores (1).

sans entrainer aucune création d'energie ou de mouvement... (pág. 322).

Y al final: La raison en deduit aussitot la possibilité d'une conciliation entre l'exercice de la liberté et le principe de la conservation de l'energie generale. Des lors l'argument du determinisme manque de base. Il ne reste plus qu'un phénomène plus ou moins difficile á analyser, mais nullement une antimonie irreductible qu'exige le sacrifice de l'un des deux termes en presence.—*Essais sur la Philosophie des sciences*, par C. de Freycinet. De l'Institut. París, 1896.

(1) Llama así á las existentes fuera de un *sistema*, á diferencia de las *interiores*, que son las que resultan de las acciones recíprocas de las partículas integrantes de un *sistema*.

Ahora, si la voluntad fuese la causa libre é independiente de los actos humanos, produciría un trabajo $\frac{m\,v.^2}{2}$ *que se añadiría á la energía cósmica. Por consiguiente, la voluntad humana no es libre.*

En concepto del autor no cabe dar al argumento forma más rigorosa, y, aunque comprende que la ecuación ó principio de la conservación de la energía, propuesta por Mayer en 1842, no es todavía una tesis, no le importa inclinarse hacia ella, abrazándola como muy probable.

Examinando luego las contestaciones dadas al argumento, observa que algunos, como Carbonelle, han negado la primera premisa, ó sea el enunciado de Mayer; otros, con Mercier, niegan la segunda, ó sea que la voluntad libre produzca trabajo. Los geómetras arriba citados indicaban que el trabajo producido es casi nulo, imperceptible; á los que replicaba Fouilleé, diciendo: pero, al fin, trabajo. A Munnynck no le satis-

facen ninguna de estas contestaciones y propone la suya, viniendo á negar la segunda proposición y exponiendo "que la operación libre de la voluntad no es más que la acción de una entidad suprasensible, una fuerza extra-cósmica, la reacción de un sér espiritual sobre sí mismo„.

Para lo cual, da por sentado: *a)* que el alma humana es la forma substancial del cuerpo humano: *b)* que fuera de esta forma, no hay otra que pueda dar á la materia su esencia corporal, á lo menos por lo que toca á los centros nerviosos superiores; puntos, dice, que no son admitidos por todos los filósofos.

Si en materia tan poco exclarecida aún, pudieran ilustrar algo las ocurrencias propias, no vacilaríamos en exponer que la objeción presentada carece todavía de sólido fundamento; es una vaguedad que no enlaza los términos, ni los compara legítimamente entre sí, para poder inferir la consecuencia que pretende. Aparece claro que, ni los mismos que la aducen, abarcan el asunto,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

de suyo inmenso y muy complejo; y que no se desarrolla transparente ante la vista, de modo que no se sospeche y aun vislumbre la trama del sofisma.

Si al decir que la energía del universo no varía, quiere indicarse que ese sistema cerrado se compone de fuerzas conocidas y determinadas, por aquello de que han de ser inalterables, etc., la proposición incluye varios errores. Es un concepto materialista de la naturaleza, que empezaría por excluir á la primera causa, á la razón de todos los seres. La intervención de Dios en el mundo, el milagro, serían inadmisibles. Y paréceme que á esto se tiende por algunos, más por el deseo, que por demostraciones de la dinámica. La ciencia, si algo asegura en este punto, es todo lo contrario de lo pretendido.

Y de incluir, como es justo, á la voluntad humana, en el conjunto de las fuerzas de la creación, en sentido ámplio sin determinaciones, absolutamente nada embaraza para que sea libre la voluntad. ¿Qué afecta á la cantidad de

movimiento el ser consciente ó inconsciente el acto humano? Lo que se adivina es que todas las causas se han de armonizar en la naturaleza, sean de uno ú otro orden; pues porque la voluntad obre con libertad ó sin ella, sus efectos ó energías se sumarán lo mismo.

Por otra parte, es seguro que el acto de la volición libre, es acto purísimo del alma, inmanente; la libertad, pues, esencial, nada tiene que confundirse con la otra libertad de ejercicio, ó modo de obrar físicamente, que es complemento y accidente, que cabe realizar ó no, aun después del acto volitivo. La esencia, pues, de la libertad bien puede descontarse de las energías físicas.

Y, finalmente, ante el hecho luminoso, sentido y persuasivo, antiguo y universal de conocerse el hombre á sí propio como libre, no es cosa de vacilar, porque se nos aduzca otro hecho, más ó menos problemático ó demostrado, como en los tiempos recientes se pre-

senta el de la energía constante é invariable del universo, sin que nosotros acertemos á conciliar todavía el misterioso enlace de esos fenómenos.

Desde que se demostró el movimiento de la tierra, ¿qué aprecio se hizo de tantas dificultades aparentes que se le oponían?

Somos muy fáciles para admitir descubrimientos de las ciencias naturales, aunque se hallen rodeados de nieblas, y muy recelosos en las verdades morales, que encauzan y enaltecen la libertad del hombre.

§ 2.º—La ley

El Criador dotó á la naturaleza humana de inteligencia y libertad para que, señora de sí misma y libremente, alcanzara sus destinos; por eso mismo, con la luz de la razón brota la idea de lo bueno y lo malo, con carácter obligatorio de abrazar lo primero y rechazar lo segundo, á lo que justamente se

llama *ley de la naturaleza, ley natural,* definida por Santo Tomás: *participación de la ley eterna en la criatura racional*, que le dicta y prescribe se ha de hacer lo que es intrínsecamente bueno y huir lo que es de suyo malo„.

A la ley eterna definía San Agustín, diciendo: "es la razón y voluntad de Dios, ordenando se guarde el orden natural y prohibiendo se perturbe„.

Por este motivo, aun hablando San Pablo de los gentiles, se expresaba en estos términos: "En efecto, cuando los gentiles que no tienen ley escrita, hacen por razón natural lo que manda la ley (*natural*), estos tales, no teniendo ley (*escrita*), son para sí mismos ley viva: y ellos hacen ver que lo que la ley (*natural*) ordena está escrito en sus corazones, como se lo atestigua su propia conciencia y las diferentes reflexiones que, allá en su interior, ya los acusan, ya los defienden, como se verá en aquel día, en que Dios juzgará los secretos de los hombres por medio de Je-